

UNA SEMANA DE ALEGRÍA

Un vestido de luz llegó a las orillas del atardecer malagueño, donde se aunaron mujeres y hombres de este siglo que hilvanados en los acordes, en el movimiento y la fuerza de la silueta de nuestros corazones y en las letras del poeta cantor hicieron de Málaga y del teatro una melodía enamorada y un lugar donde el abismo dibujara nuestros labios.

Hay bocas que no saben ni siquiera pronunciar un te quiero para adentro y para afuera, un murmullo de sueños que revoloteen por el escenario de la vida. A golpe de poema, buscando lo imposible conseguimos en esta maravillosa semana todo lo posible. Poesía, flamenco, tango y una amalgama de voces y brazos unidos por un remolino de hojas, de cantos rodados, de ríos, de ciudades con ventanales de mirada curiosa y sonrisas que parten en dos el horizonte para hacer del mundo un lugar transitable.

Puertas abiertas desde donde bordear los quicios con las letras de los llantos en el exilio para que al asomar tu rostro hacia la luna sea ésta y no otra, la de todos, la que cruce los pantanos y que permita que en las gramíneas puedan los sueños de los niños trepar. Una sala de aliento contenido, que a cada verso el suspiro del viento se elevaba y a cada palmada, a cada aplauso, giraba y giraba hasta desmenuzarse en cosquilleos la tibieza de nuestras almas. Canciones, guitarra, arte, voz de las vidas futuras, que por los cuatro costados nos hendían en el atardecer.

Y en un intento por robarle un beso a la luna, nos deslizamos en un mar abierto de sillas y luces apagadas, bordeando la penumbra del amor. Un tango enamorado, un rubor de las estrellas y un guiño en la noche sorprendieron al telón de fondo que arrancó con su desnudez un espectáculo sin igual, una unión indestructible donde una vez más la poesía, el tango y el flamenco llenaron de brillo una noche de verano y sembraron en nuestras bocas que no hay que calmar el hambre nunca.

Laura López